



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las pobladas de febrero y el mito de Venezuela

Autor: Pino Iturrieta, Elías

Forma sugerida de citar: Pino, E. (1989). Las pobladas de febrero y el mito de Venezuela. *Cuadernos Americanos*, 6(18), 97-103.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 18, (noviembre-diciembre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LAS POBLADAS DE FEBRERO Y EL MITO DE VENEZUELA

Por *Eliás* PINO ITURRIETA
DECANO DE LA FACULTAD
DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

EL SISTEMA DE gobierno establecido en Venezuela a partir de 1958, cuando desaparece la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, se ha considerado como uno de los más estables de América Latina. Superada la amenaza golpista que desestabilizó al régimen fundacional de Rómulo Betancourt, apagados los movimientos guerrilleros de los años sesenta y con recursos bastantes al Estado petrolero, los observadores no advierten turbulencias capaces de modificar el rumbo del ensayo. Pese a la corruptela de la clase política, aseguran, predominan la convivencia y la alternabilidad hasta el punto de que no puede preverse la terminación inmediata, ni mediata, del experimento democrático.

Luego de tres décadas de desenvolvimiento constitucional, durante las cuales se han turnado en el poder siete presidentes civiles —Betancourt, Leoni, Caldera, Pérez, Herrera Campins, Lusinchi, Pérez, de nuevo— cuya gestión respondió a proyectos que contaron, sin excepción, con el soporte de las fuerzas armadas, nadie puede apostarle sus fichas a la ruleta de la precariedad. Tal es la lectura que predomina sobre Venezuela en los últimos tiempos.

Según la generalidad de los estudiosos, varios motivos sustentan la situación, a saber: los partidos políticos, que son capaces de determinar la conducta de las masas. En especial Acción Democrática, organización de arraigo desde 1945. La lucidez de los dirigentes de las organizaciones de mayor influjo, cuya experiencia puede sortear cualquier escollo. La disposición del país hacia las innovaciones y hacia la democratización efectiva, como consecuencia de

un mestizaje apuntalado por la historia y reafirmado en lo que va del siglo xx. La posesión exclusiva de dos elementos capitales, Simón Bolívar y los hidrocarburos, que hacen del país una comarca bienaventurada en relación con los demás del continente.

¿Posee estas características, de veras, Venezuela? Los acontecimientos ocurridos entre el 27 y el 29 de febrero de 1989 sugieren una versión diversa. En esos días ardió el país de manera inesperada; una convulsión general les dio ingratas sorpresas a los políticos y a los militares, a los intelectuales y a los estudiantes, quienes, cada cual desde su perspectiva, pensaban reaccionar ante el reto de los tiempos difíciles según la versión mayoritariamente difundida, y sentida, sobre los asuntos de la contemporaneidad.

1. Después de proclamar de manera formal la inauguración de un período de limitaciones, el gobierno comenzaba apenas a ejecutar las medidas económicas de una serie anunciada días antes, con el objeto de sortear el problema de la deuda externa y de atenerse a las condiciones del Fondo Monetario Internacional, que exigía austeridad y reformas antes de entregarle a Carlos Andrés Pérez, Presidente recién establecido, 4 500 millones de dólares. En el arranque de un masivo paquete de regulaciones, se había aumentado el precio de los derivados del petróleo y se dispuso un alza de las tarifas del transporte en un 30%, sin hacer efectivo todavía un aumento general de sueldos en la administración pública y en las empresas de los particulares. Pronto se anunciarían los incrementos en el salario, pero una sacudida interrumpió el itinerario pausado por el oficialismo.

En la madrugada del 27 de febrero, los usuarios del transporte comenzaron a reclamar por las abultadas tarifas, negándose a utilizar los servicios y gritando en las paradas de los vehículos colectivos. Las ciudades satélites de Caracas —Guarenas, La Guaira y Los Teques, por ejemplo— fueron el teatro de estas moderadas reacciones pero, a poco, los sucesos cambiaron el rumbo de manera preocupante. No sólo en las ciudades cercanas a la metrópolis, sino en la misma capital, en las capitales de los estados más importantes —Carabobo y Aragua, por ejemplo— en aldeas y caseríos perdidos en el mapa, se produjo un movimiento incontenible.

Pronto la gente más humilde dejó las estaciones de transporte, para tomar las calles y comenzar el saqueo de las tiendas de comestibles. Después el pueblo arrasó con los negocios de artefactos eléctricos, con las grandes cadenas de mercados que encontraba a su paso y hasta con fábricas de alimentos, con farmacias y licorerías.

Un grupo de motoristas, todos de origen proletario, inició una marcha con el objeto de atacar el edificio de "Fedecámaras", la más poderosa organización empresarial, y de asaltar una planta de televisión famosa por su opulencia. Ya en la tarde del día 27, episodios de la misma naturaleza se reiteraban en todas partes, sin que el gobierno reaccionara para mantener el orden.

La policía municipal se limitó a presenciar el desenfreno, y hasta participó en algunos tumultos junto con el pueblo. La Guardia Nacional apenas ejerció presiones esporádicas. Los noticieros transmitieron los sucesos, sin censura, mientras los políticos y los miembros del Gabinete permanecían en silencio. Ya en la noche reinaba el desasosiego en las urbanizaciones de la clase media, así como en las zonas residenciales de los más ricos, en cuyo ambiente circulaban espeluznantes rumores sobre la poblada.

Durante la mañana del 28 de febrero prosiguieron los desarreglos. En los barrios pobres había jolgorios con el fruto del botín, la alegría signaba a los protagonistas del día anterior —mujeres y hombres, niños y ancianos—, quienes preparaban otras acciones semejantes. Entonces el gobierno intervino. Después de 36 horas de mutismo redondo, el Presidente Pérez suspendió las garantías constitucionales, clausuró los planteles de educación media y superior, dictó el toque de queda durante las noches hasta nuevo aviso y ordenó el patrullaje de las calles por el ejército. Sin embargo, en las zonas proletarias no causaron mayor impresión las disposiciones.

Siguieron los pobres en su actitud levantisca, aupados ahora por algunos militantes de la ultraizquierda, muy pocos, a decir verdad, y por hampones y traficantes de drogas a quienes se identifica bajo la denominación de "malandros". Querían pescar en el río revuelto por la espontaneidad de la poblada. La reunión de estos ingredientes condujo a un enfrentamiento con los soldados, que comenzaron a penetrar por la fuerza en los barrios. Fueron recibidos en pie de guerra.

La guerra en los "ranchos" fue la característica del día 29. Los pelotones se encontraron con la respuesta de francotiradores, quienes se apostaron en las atalayas más convenientes para fusilar a los uniformados. Sólo durante la noche penetraron las tropas en algunas zonas peligrosas, mediante la utilización de todo su poder de fuego. Los oficiales ordenaron disparar a mansalva contra la población. Una masacre cuyos resultados llegan al millar de muertos, según algunas fuentes, fue el corolario del extremo operativo. Ya

habían desaparecido, para la fecha, 3 000 negocios grandes y pequeños, como consecuencia del saqueo.

En los condominios y en las mansiones de las clases media y alta reinaba, mientras tanto, el pánico. Se decía que pronto llegaría el pueblo a violentar sus propiedades y sus personas. Cualquier cosa podía esperarse con las turbas adueñadas de las ciudades. Las comunidades marginales integradas por personas de origen colombiano y dominicano, reiterábase en corrillos que quitaban el hipo, preparaban un plan de arrase cuyo advenimiento estaba próximo. A través de las líneas congestionadas, los teléfonos transmitían historias horripilantes de atentados contra la "gente decente". En consecuencia, muchos vecinos organizaron sistemas de patrullaje armado y hasta distribuyeron divisas o distintivos, con el objeto de descubrir la cercanía de individuos sospechosos. Si no llegaba el ejército, estaban decididos a salvaguardar su territorio.

Tanto en el caso de las barriadas pobres como en el de las zonas de clase acomodada, la espontaneidad determinó el desarrollo de las ocurrencias. Los líderes políticos que usualmente pontifican en la prensa y en la televisión, esta vez desaparecieron. Algunos muy notables como Gonzalo Barrios, presidente de Acción Democrática, y Rafael Caldera, cabeza del partido socialcristiano (COPEI), se aventuraron a hacer intervenciones de carácter genérico cuyo contenido no produjo efectos en la audiencia. Los partidos se limitaron a debatir en el parlamento, sin establecer contactos con la militancia, que supuestamente debía atender las instrucciones de emergencia, en caso de que así lo resolviesen las cúpulas. De los intelectuales más afamados, como Arturo Uslar Pietri, apenas salieron voces de alarma y de condena sin ninguna propuesta frente a la crisis. Sólo el trabajo de la represión a través del ejército, por consiguiente, produjo el retorno de las aguas a su cauce.

2. Nadie jamás imaginó lo sucedido, pero ahora abundan las explicaciones. Fue "una guerra de pobres contra ricos", dijo el Presidente Pérez en ubicuo diagnóstico. Según el rector de la universidad, más bien se trató de "un enfrentamiento de pobres contra pobres", en medio de una confusión descomunal. Los directivos de Fedecámaras hablaron de una venganza ante la corrupción de los políticos. Algunos atribuyeron al régimen anterior de Jaime Lusinchi los motivos del entuerto, debido al estrepitoso fracaso de su gestión. Pero todos lo dijeron posteriormente. Hasta la fecha de los sucesos, los oráculos insistieron en la inexistencia de problemas susceptibles de provocar algo tan alarmante como una poblada.

En este escrito no se ofrecerán explicaciones sobre la etiología del hecho cumplido. Sólo se utilizarán los aspectos descritos de manera sucinta, con el objeto de sugerir el reemplazo de la lectura usual de Venezuela, expuesta en algunas de sus coordenadas también antes. La dimensión de las perturbaciones permite que se observe como un mito la existencia del país robusto e inalterable de las versiones más aceptadas. El porrazo de la poblada sugiere un registro distinto.

Primero, en relación con la influencia de los partidos en la conducta de las masas. ¿Dirigen los partidos al pueblo? ¿Es Acción Democrática, maquinaria poderosa desde antiguo, el sostén del sistema? En los episodios más duros de nuestra contemporaneidad, que fueron los de febrero de 1989, estuvieron ausentes. En ningún momento se atrevieron a sugerir algún asunto, y nadie acudió a los organismos partidarios a solicitar instrucciones. Las sedes de los partidos, así del gobierno como de la oposición, permanecieron cerradas durante más de una semana, sin que nadie se preocupara por el hecho. Ni el más resumido documento han publicado para explicar las turbulencias y dirigir a la militancia. Así las cosas, ¿tienen los partidos un vínculo efectivo con las masas? ¿Sostienen al régimen de turno y al proyecto iniciado en 1958? Parece lo contrario, en atención a los últimos fenómenos. Son, más bien, parte del mito que la poblada puso al descubierto.

Ocurre lo mismo con los dirigentes, desde luego. Se les atribuían las facultades del saber y de la experiencia adquirida durante treinta años, pero ahora no las pusieron de manifiesto. La observación, sin embargo, no sólo atañe a los líderes políticos, sino a aquellos del sector privado y del sector universitario que parecían diversos, o que habían procurado mostrarse como contrapuestos ante los jefes de las banderías. En esta ocasión tampoco existieron, o apenas reiteraron una lectura acartonada y sin destinatarios. A la hora de realizar el examen del país más reciente, habrá que revisar su papel en el proceso. No parece ser como se ha pensado hasta ahora.

La descripción del país como generoso crisol de razas también queda en entredicho ante el balance de la brutalidad represiva y el énfasis del movimiento popular. En febrero no fue Venezuela, ciertamente, el paraíso de la hermandad étnica, ni un concierto orquestado por la amalgama de las culturas. Todo lo contrario. Los blancos se encerraron en sus casas, o construyeron barricadas para detener a las hordas de piel oscura. Cualquier aglomeración de individuos de pigmentación morena, esto es, de los hombres deno-

minados "pardos" durante la colonia, originaba prevención entre los miembros de la clase media. Los rubios se alejaban de los negros y de los mulatos, a quienes atribuían la posibilidad de cualquier calamidad. Muchos barrios de "pardos" vociferaron contra los "catires", y se mostraron dispuestos a atacarlos, aunque no lo hicieron. La xenofobia hizo de las suyas, cuando circularon rumores sobre un proyecto perverso que estaban gestando las colonias marginales de colombianos y dominicanos, comunidades que oficialmente pasan por hermanas. El ejército atacó, de preferencia, a los negros y a los morenos, con el beneplácito de la "gente decente". Tales episodios hacen trizas la lectura de cromo postal que predominaba en torno a las relaciones sociales, y aun en torno a la historia del siglo XIX. Se pensaba que el problema racial había quedado resuelto en las campañas lejanas de la Guerra Federal. Permanecen muchos cabos sueltos, sin embargo, como puede verse.

Como corolario de los sucesos, pasa al territorio del mito, por último, un sentimiento de singularidad que alimentó los sueños de las últimas generaciones de venezolanos. Debido a la posesión exclusiva de dos elementos, se ha dicho una y mil veces, el país es peculiar en relación con sus congéneres. Posee un ingrediente de procedencia natural, el petróleo, en conjunción con un elemento histórico-social, Simón Bolívar, cuya presencia determina un destino excepcional. Las enseñanzas del padre-Libertador harán fructificar la fuente de los hidrocarburos, en la marcha hacia un sitio que jamás alcanzará el vecindario. Ahora se sabe que no es así. Pese a la yunta del prócer con el oro negro, somos socios de un mismo purgatorio llamado América Latina. La misma deuda, filas frente a las bodegas, los humildes en desafuero y la guardia haciendo de las suyas.

3. Las realidades abocetadas tuvieron un denominador común, que se traduce en una vivencia jamás sentida como fenómeno general del país: *el miedo*. Fueron tres días de miedo, continuados en un desasosiego cuya culminación no parece inmediata. Ahora forman parte de la rutina, como no había pasado en lo que va del siglo, la aprensión ante la incertidumbre, el susto y la alarma ante cualquier rumor infundado.

¿Qué descubren tantas espantadas? Una sensación no concordante con el análisis tradicional de Venezuela contemporánea: la sensación de que el sistema vivido en la actualidad no es duradero. Es la enseñanza de las pobladas cuya marcha evidenció la flaca presencia de los partidos, el declive de los dirigentes, la mentira de

la convivencia y la fantasía de vivir un mundo sin par. De la asimilación de esas realidades, disfrazadas durante treinta años, y ahora desnudas como producto de un reventón extraordinario, depende la subsistencia del ensayo iniciado después del derrocamiento del último gobierno militar.